

## Cinco cartas de Jaime Torres Bodet y una de José Gorostiza

...me oigo, me sigo,  
me busco...

TORRES BODET, *Dédalo*.

La correspondencia de José Gorostiza (1901-1973) ha sido cedida, para su estudio y publicación, por sus hijos Martha y José Gorostiza Ortega, al "Proyecto para la documentación de la historia de la literatura mexicana" del Centro de Estudios Literarios. Las cartas, fechadas entre 1922 y 1948, se encuentran en proceso de edición.

Hemos copiado ya las ciento treinta cartas, que cubren las estancias de José Gorostiza en Nueva York, en 1926, en Londres, de 1927 a 1928, y en Roma, de 1939 a 1940. Estos viajes conforman los momentos más nutridos del archivo. También se encuentran en el epistolario cartas a México remitidas por sus amigos desde el extranjero: en especial por Bernardo Ortiz de Montellano, Xavier Villaurrutia, Alfonso Reyes, Rufino Tamayo, Roberto Montenegro y Jaime Torres Bodet.

Las de este último son las más abundantes: suman veintidós cartas y cubren las dos décadas que contiene el archivo. De ellas se seleccionaron cinco de Torres Bodet y la única respuesta que se conserva, en este archivo, del propio Gorostiza.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> En el archivo de Jaime Torres Bodet, inaccesible por el momento, existen otras doce cartas de Gorostiza.

En "Poeta secreto y hombre público", Octavio Paz propone que Torres Bodet fue ante todo un poeta, pero al encontrar curiosas correspondencias entre el poeta y el funcionario público, extraña que en las *Memorias* de Torres Bodet no haya "revelaciones, confidencias, confesiones, desahogos". ¿Y en las cartas? Desahogos, o connatos de desahogo, que, sin escapar de una apretada economía de los afectos, superan su metódica reserva.

Las cartas, espacio privilegiado para el autoconocimiento, devienen depósito y territorio de una pesquisa interior en este hombre tan empañado por la retórica y tan empeñado en ella, hasta en la sinceridad. Si en junio de 1930, por ejemplo, considera que "mi biografía íntima desde la salida de México consistiría en escribir la serie de sus errores" (carta 2), años más tarde confiará a su amigo:

Dichoso tú que, merced a tal claridad, podrás leer en ti mismo con mayor certeza que yo. Pasan las semanas estériles sobre mí. Vivo horas sin germen y sin fruto. Avanzo, si es cierto que avanzo, sobre la pista de un círculo.<sup>2</sup>

Quizá Torres Bodet sea un caso más, no del todo anómalo, del escritor que, más que buscarse, se cifra en su escritura; del escritor para quien la escritura es una máscara que sumar a la que Paz llama "la máscara del pudor". Por eso convierte las cartas en un espacio más para oírse, seguirse, buscarse; y al amigo lejano, en un espejo más del laberinto. El destierro voluntario, más que de la patria, de sus amigos, lo mantiene en un estado de "perpetua adivinación" (carta 2), y la distancia, cedazo de los sentimientos, lo lleva a afinar "la sensibilidad del amigo, acaso un poco torpe de cerca" (carta 2). El lenguaje epistolar, como en un confesionario, lo predispone a una expresión fortalecida por la ausencia del amigo y por el recuerdo de un mundo apartado, que le permite evadir, de pronto, a su propio personaje: uno que se afana excesivamente en lo que Paz considera una "simetría de calculados contrastes".

---

<sup>2</sup> Carta del 12 de diciembre de 1939 (archivo Gorostiza).

Hay dos notas constantes a lo largo de la correspondencia: el turbulento afecto de Torres Bodet hacia su amigo y la absoluta admiración por su obra. En la correspondencia ciertamente no aparece juicio crítico alguno de Torres Bodet sobre la poesía de Gorostiza. Como señala Paz, "nunca fue crítico de sus paisanos". Abundan los elogios y una inusual admiración por virtudes que quizá hubiera deseado para su propia producción: exactitud, diaphanía, cordialidad, "belleza nueva y dignidad" (carta 5); y también "firme voluntad por la estructura" y un "ansia clásica de perfección" (*Memorias* 116), que culmina en *Muerte sin fin*, libro que "representa —en poesía— la hora mayor de nuestra entera generación" (carta 5).

Gorostiza, según se desprende de las cartas, retribuye con una crítica que se puede adivinar era más directa y enérgica, de "reparos y elogios" aceptados "por igual, porque sé que unos y otros provienen de un mismo afecto".<sup>3</sup>

La única respuesta de José Gorostiza que se conserva en este archivo es significativa por muchas razones. Gorostiza reconoce que *Estrella de día* "es la que más me ha impresionado de todas tus novelas, tal vez con la sola excepción de tu *Proserpina*". Pero advierte que con ella se ha cerrado un ciclo y que Torres Bodet debe emprender una novela de "tono mayor", porque corre el riesgo de "convertir en sistema o en rutina lo que ya es tu «manera»" (carta 3). La respuesta no se hace esperar. En ella Torres Bodet no hace ningún comentario sobre la incisiva opinión del amigo y evade sus consecuencias. Seguramente le habrá hecho reflexionar, pero el silencio subsecuente. ¿se debería a su preferencia por los "valores seguros" y la falta de "audacia" a las que alude Paz?

Paz propone en su ensayo que Torres Bodet "no amó a sus semejantes —confundió al deber con el amor y la beneficencia con la piedad—, pero su curiosidad inteligente ante el pasado y las piedras redime a su inteligencia y la humaniza". En estas cartas hay curiosidad y, quizá, más que una inteligencia redimida, acaso cierta refracción de su ser en uno más de los espejos que reflejaron su personalidad.

---

<sup>3</sup> Carta del 5 de septiembre de 1927 (archivo Gorostiza).

Hemos transcrito las cartas con toda fidelidad al formato utilizado por los corresponsales. Nos hemos limitado a poner en cursivas los títulos de libros y a completar los nombres de personas entre corchetes.

MARÍA ISABEL GONZÁLEZ, MARÍA  
ISABEL TORRE, GUILLERMO SHERIDAN  
*Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM*

1

(En papel membretado: "Legación de México, Particular".)

Madrid, 22 de junio de 1929.<sup>4</sup>

Señor D. José Gorostiza,  
México, D.F.

Mi querido Pepe:

No sabes la gran alegría que he recibido con tu carta del primero de este mes. Ya casi no me atrevía a esperarla, pues te había dirigido tarjetas postales de Nueva York, de París y de a bordo del "Berengaria", sin recibir en cambio ninguna noticia tuya. Ahora me lo explica todo la idea de que te sé trabajando de lleno en algo que va a aligerarte, de una vez, ese hondo problema que hemos tenido todos enfrente desde el instante en que abandonamos la Escuela;<sup>5</sup> problema que, pudiéndolo, no quisimos nunca resolver, acaso por una especie de seguridad muy noble en que lo que hacíamos habría de merecer la consideración y el estímulo de todos. He recordado mucho lo que, en una de nuestras largas conversaciones de sobremesa en Sanborn's me decías respecto a la doble obligación de que los escritores somos víctimas, en México: la de desa-

---

<sup>4</sup> Torres Bodet se embarcó rumbo a Madrid vía Nueva York en 1929, para presentarse ante González Martínez y ocupar el puesto de tercer secretario en la legación mexicana.

<sup>5</sup> La Escuela Nacional de Jurisprudencia.

rollar una vida normal, de trabajo burocrático o de cualquier otra índole, y la de desprendernos de él, para alcanzar —en su ágil plenitud— el fantasma de las cosas superiores que los espíritus necesitan para mantenerse y que, a nosotros, se nos dan siempre de tarde en tarde. Al contrario de lo que muchos suponen —de lo que yo mismo creí alguna vez— la carrera diplomática ni desconecta a nadie de las cosas buenas de México, ni le opone un valladar infranqueable para escribir. La superficialidad de una vida no depende casi nunca del género de las ocupaciones que elige, sino del temperamento de quien las elige. Y, aun para disfrutar de ese intenso placer del viaje que es el regreso, lo esencial es partir, y sufrir de la partida, y sentir que nos lo hemos arrancado todo, de un solo estremecimiento cruel.<sup>6</sup> Después, cada palabra de amistad que nos llega —las tuyas para mí, ahora— no nos parece el eco de un afecto que hemos cultivado siempre, sino, al contrario, el tesoro que rescatamos de un naufragio y nos da la misma alegría útil que debió darle a Robinson cada una de las cosas que la marea le devolvió, piadosamente, hasta la orilla de su isla.

Me escribiste tu carta un sábado, en ese entreacto de nuestros grandes sábados de México en que los amigos esperan las dos de la tarde para reunirse a comer en "Lady Baltimore". Tú dices que la envidia debía recuperar su sitio entre las siete virtudes y agregas que esa clase de envidia buena es la que sientes de mí, de mi presencia en Europa. Pues, a mi vez, algo de eso es lo que siento yo mismo cuando los pienso reunidos, reunidos en torno a algún proyecto, a la sombra de algún proyecto, al recuerdo de lo que fue, alguna vez, la sombra de ese proyecto desaparecido. El verdadero precio de una amistad, aun de las amistades preciosas que no se resuelven nunca a darse por entero, ni para siempre, sólo lo puede apreciar un espíritu que se aleja. Y créeme, te confieso que es sobre todo esa ausencia de ustedes la que podría darme la idea de lo que es el destierro.<sup>7</sup>

Me explicas, con esa minuciosidad psicológica que tan deliciosamente sabes manejar y que da, bajo tu mano, tan extraordinarios sonidos.

---

<sup>6</sup> "El verdadero viaje es aquel que se emprende solamente por partir", decía Gide.

<sup>7</sup> En 1930, su libro de poemas *Destierro* abre con un poema titulado "Pórtico", que resume esa experiencia: "[...] De un muro al otro de la soledad / soy un hombre desnudo que sangra por un costado su sombra. / He tenido / que aprender a nadar en una competencia de naufragos, / con las manos tendidas / a todos los racimos del agua en que las espumas verdecen / mientras los cabellos perdían y recobraban a cada / momento una corona de ausencias [...]".

las razones del silencio en que vivimos los unos separados de los otros, durante los días de nuestra más reciente dispersión.<sup>8</sup> Indudablemente algo de eso hubo en ese "sálvese quien pueda" al que aludes. Pero quiero creer que hubo también, en todos nosotros, algo más; algo que no sentí entonces sino muy oscuramente y que, ahora, de lejos, me parece bien claro: el confuso deseo de hacernos, cada quien por nuestro lado, una situación de hombres, sin apoyarnos ya, para la vida al menos, en la fuerza o en la debilidad de un grupo. ¿Te acuerdas de lo que escribe Gide en el *Journal des faux monnayeurs*<sup>9</sup> respecto a ese escrúpulo que ha de tener el artista de no apoyarse nunca en el esfuerzo desarrollado, de que cada capítulo de la obra que se redacte no se aproveche jamás del "élan" de los anteriores? ¿Y no crees que un escrúpulo de esa clase es el que, por aquellos días, nos separó?

No importa. Tu carta me devuelve todo un fragmento del México admirable que no existe sino durante las ausencias. Gracias por ella y que, de acuerdo con lo que me prometes, no sea la última que me escribas.

Iba a empezar a contarte las cosas de Madrid cuando advierto que he invertido en desahogos sentimentales un buen espacio del tiempo que podía robarte. Dejemos pues las cosas en este punto tan sugestivo de las películas en episodios en que todo podría suceder... y, al cabo, nos desencanta saber que no sucede nada.

Hasta muy pronto, pues, mi querido Pepe. No olvides tu promesa y recibe, junto con mis saludos para todos los tuyos y mis mejores recuerdos para Bernardo [Ortiz de Montellano], Celestino [Gorostiza], Xavier [Villaurrutia] y Ermilo [Abreu Gómez], un abrazo muy afectuoso de

Jaime

(Manuscrito al margen)

N.B. =Como no sé si tenga que cambiar de domicilio, mándame mejor tus cartas a la legación (lista 25). Vale.

---

<sup>8</sup> La diplomacia ha dispersado al grupo en 1928. González Rojo se va a Italia, Owen a Nueva York y Gorostiza a Londres en 1927. Aunadas a la diáspora, las frecuentes rencillas habían distanciado al grupo (Sheridan 321-328).

<sup>9</sup> En *El diario de "Los monederos falsos"* (1926), Gide reflexiona sobre esa novela y sobre la naturaleza de la novelística en general.

Madrid, 22 junio de 1930.

Mi querido Pepe:

No he dejado pasar sin cierta deliberación todo este tiempo transcurrido sin escribirte. Tu última carta dejó en mí un hueco de dudas, de inquietudes, de temores afectuosos. Te sentía en ella preocupado, en crisis de una nueva actividad. Esperé ver, en tus colaboraciones ofrecidas a *Contemporáneos*,<sup>10</sup> el hilo que uniese estos escrúpulos recientes a la unidad interna de tu trabajo anterior. Pero tu silencio se prolonga. Y no quiero que el mío se prolongue con él.

No sabes hasta qué punto la distancia afina en mí la sensibilidad del amigo, acaso un poco torpe de cerca. Es como si una enfermedad me hubiese despojado de todos los miembros inútiles, de todos los órganos innecesarios para advertir. En cuanto se relaciona contigo, con Bernardo, con Xavier, con todos ustedes, puedo asegurarles que vivo en estado de perpetua adivinación, y la nerviosidad que esta actitud implica se agrava con la lentitud de nuestra correspondencia, interrumpida por pausas tan prolongadas. Quisiera saberlo todo: lo que hacen, lo que piensan de cada nuevo libro, lo que proyectan en torno a cada acción. Pero la lucidez no me acompaña finalmente como quisiera. Mi biografía íntima —desde la salida de México— consistiría en escribir la serie de sus errores.

La semana pasada estuve en Sevilla, representando al Dr. González Martínez en los festejos de la Delegación de México en la Exposición.<sup>11</sup> Vi allí a Octavio Barreda,<sup>12</sup> quien me contó de una carta tuya en que le confiabas ciertos desencantos. Hablamos muy largamente de ti, de Bernardo, de ustedes todos. Nos sentíamos felices de hacerlo sobre ese fondo de “noche mexicana” con cohetes, canciones de Tata Nacho<sup>13</sup>

---

<sup>10</sup> Hasta esa fecha, Gorostiza había limitado sus colaboraciones en *Contemporáneos* a un par de poemas (“Adán” y “Espejo no”) y de reseñaciones (Benjamín Jarnés, Antonio Espina). En el número del mes en que se redacta esta carta, aparecería su reseña de *La rueda de aire* de José Martínez Sotomayor.

<sup>11</sup> Se refiere a la Exposición Hispano-Americana de Sevilla de 1929.

<sup>12</sup> Octavio G. Barreda (1897-1964) ocupa un puesto consular en Portugal.

<sup>13</sup> Ignacio Fernández Esperón, “Tata Nacho” (1894-1968), músico y compositor de canciones populares, era miembro del cuerpo consular mexicano en Nueva York.

y zapateos nacionalistas de Gloria Marcué. Hubo tamales, atole, cordialidad profunda de la vieja preparatoria... cosas que, desde hace un año y medio, no tenían ese sabor.

Ahora, de nuevo en Madrid, tendré que hacer frente al terrible verano que se presenta. El que vive en el Distrito Federal no tiene idea de una tarde de julio en la Castellana o en el Retiro. ¡Hasta los árboles mismos de la Bacanal de Tiziano, en el Prado, destilan sudor! Después, en otoño, publicaré un libro de versos: *Destierro*, en el que estoy trabajando con avidez. Espero tu juicio. Más tarde... ¿Pero se sabe nunca a punto fijo lo que haremos más tarde? Desde luego, a aguardar tu respuesta, responder a mi turno. Volver a aguardar. Ida y vuelta de los correos que demuestra la superioridad de las cosas sobre los hombres. Saludos a Bernardo, a Xavier, a Genaro [Estrada], a Ermilo Abreu Gómez, a Celestino, a todos de los que se acuerden de mí. A ti, un estrecho abrazo.

Jaime

3

México, D.F. 22 de agosto de 1934.

Sr. Jaime Torres Bodet  
Buenos Aires.

Querido Jaime:

Rompo el silencio que se ha hecho entre nosotros —no creo que por deseo o culpa nuestra, sino porque la distancia es silenciosa— para darte las gracias por la deliciosa lectura que me proporcionó tu *Estrella de día*.

Mi relación con la cosa literaria es cada vez más imprecisa. No he tenido la fuerza necesaria para sostener mi afición contra viento y marea, y viento y marea me han arrojado insensiblemente hacia las playas que yo no quería. Pero esto no obstante, me gusta leer. Todo mi tiempo libre lo dedico a la lectura, y aunque mis apreciaciones, cada día menos escolásticas, por decirlo así, carezcan de la autoridad que da el ejercicio de la crítica, creo que tienen sin embargo la fuerza de su absoluta libertad.

Por esto, y no porque considere que mi aprobación pueda interesarte en ningún sentido, te digo que *Estrella de día* es la que más me ha



impresionado de todas tus novelas, tal vez con la sola excepción de tu *Proserpina*. Si en ésta, por lo que de ella recuerdo, el tema ahonda mucho en el misterio del hombre, en la primera encuentran un punto de fusión más estable tu moderno realismo y la poesía de la forma, que no parece posible ya que puedas forzarla a mayor perfección.

No sé si me equivoque al pensar que este momento, cuando por fin has logrado un completo dominio de tus materiales, es el más oportuno para que emprendas una novela de tono mayor. Nadie puede hacerlo mejor que tú, precisamente porque ya estás en condiciones de no malgastar energías que otros necesitarán aplicar a la consecución de una apariencia siquiera decente. Pero no sólo esto, sino que de aquí en adelante —se nota en *Estrella de día*— estás corriendo el riesgo, a menos que des el salto hacia la novela de gran estilo, de convertir en sistema o en rutina lo que es ya tu “manera”.

Una vez roto el silencio, siento que podría continuar hablando de estas y otras cosas por mucho tiempo. Desgraciadamente me apuran obligaciones de oficina que hace años, cuando me inicié en la vida burocrática, consideraba como una maldición y que ahora, si es cierto que no han podido convertirse todavía en un placer, me embargan por lo menos con el dulce automatismo del hábito.

Pienso que en compensación de estos apremios tendré el gusto, algún día cercano, de reanudar nuestra interrumpida conversación de aquellas noches en que íbamos a merendar a Sanborn's. Tus cinco años de servicio<sup>14</sup> deben estar por cumplirse, y aunque tal vez no tengas ya deseos de venir a México, tus amigos no te perdonaríamos que dejaras de gestionar una larga estancia aquí, a la que por fortuna la ley obliga.

Te abraza afectuosamente,

José

---

<sup>14</sup> La primera etapa de Torres Bodet en el Servicio Exterior fue de 1929 a 1936.

Buenos Aires,<sup>15</sup> 20 de septiembre de 1934.

Sr. D. José Gorostiza  
México, D.F.

Mi querido Pepe:

Al leer, esta tarde, tu afectuosa carta del 22 de agosto, sentí, por primera vez desde hacía mucho tiempo, hasta qué punto hemos sido culpables un poco todos, ustedes en México y yo —pero ¿en dónde estoy yo?— de este silencio cada día más difícil de romper que hemos dejado formarse en torno a nuestra generación. Tus saludos, tus consejos, tus amistosas palabras acerca de *Estrella de día*, me hicieron pensar en aquellos años de actividad juvenil, tan desordenada, tan infecunda en apariencia, pero de tan durables resonancias espirituales, en que nos reuníamos, frente a una taza de té, en aquel cafetín “América” —si no recuerdo mal, así se llamaba— a discutir de poesía y filosofía, de arte humano y de “torres de marfil”. No había inventado aún el Abate Brémond<sup>16</sup> la patraña de la lírica pura, pero ya nos remordía la conciencia aquella otra, tan “fin de siglo”, del arte por el arte y, si no nos lanzábamos los tinteros a la cabeza (no los usábamos), sí podemos decir que nos prestábamos uno a otro la estilográfica para corregir, en el mismo ángulo del mismo incómodo velador, un parecido poema postmodernista, en que tú buscabas una mayor perfección de forma y me afanaba yo por escapar a una vieja y demasiado libresca actitud de “subjetivismo”....

¡Cuántas lluvias han caído desde entonces! Y, sin embargo, de vez en cuando, en ocasión como ésta de tu carta tan grata, veo que la distancia que nos separa no existe realmente, que no es cierto, como otros creen, que hayamos envejecido hasta tal extremo. Imagino, por ejemplo, mi regreso posible a México (¿cuándo será?). Y todo yo me vuelvo en seguida proyectos, como hace cinco, como hace quince años. Acaso vas a sonreír de lo que estoy escribiéndote, pero te afirmo que, como entonces, y por las mismas razones que entonces, lo primero que les propondría es una revista en común. ¿Cómo aceptar, en efecto, la desinteresada posición de “lector” en que te colocas, tú, de quien sé todo el

---

<sup>15</sup> Torres Bodet ha sido recientemente nombrado encargado de negocios en Buenos Aires.

<sup>16</sup> El jesuita francés Henri Brémond (1865-1933) había publicado su polémico libro *La poesía pura* en 1927.

fervor sutil y toda la lucidez interior? En ti, parodiando a Bécquer, “podrá no haber poemas” —aunque, sin duda, los hay—, pero el poeta estará siempre presente.

¿Y los demás? No me atrevo a preguntarte por nadie. Ninguno de los compañeros de antes me escribe. Escríbeme tú de ellos, cuando tengas ocasión y deseo de charlar de nuevo conmigo. Y cuéntame tus trabajos —y tus gustos, que también los has de tener.

No sé los libros de qué escritores argentinos pudieran interesarte. ¿Lugones?, ¿Banchs? ¿Gálvez? ¿O Borges, Mallea, Macedonio Fernández, Molinari, Aita, Lynch? *Sur*<sup>17</sup> continúa apareciendo, pero su directora se encuentra en Europa. *Nosotros*<sup>18</sup> está en receso. Si algo deseas de por acá, dímelo con franqueza.

Hasta pronto, querido Pepe. Recuerdos a los tuyos. A ti, como siempre, un estrecho abrazo,

Jaime

5

(Papel membretado de la Legación de México en Bruselas.)

Bruselas, <sup>19</sup> 10. de febrero de 1940.

Señor D. José Gorostiza  
Secretario de la Legación de México,  
Roma, Italia. <sup>20</sup>

Muy querido Pepe:

Te agradezco mucho tu afectuosa carta del 23 de enero, recibida ayer. Me hacían falta tus noticias. Y, aunque decirlo pueda parecerte

---

<sup>17</sup> Victoria Ocampo había fundado *Sur* en 1931.

<sup>18</sup> *Nosotros* (1907-1934; 1936-1943) fue fundada por Alfredo Bianchi y Roberto F. Giusti.

<sup>19</sup> Jaime Torres Bodet estuvo como encargado de negocios en Bélgica de 1938 a 1949.

<sup>20</sup> Gorostiza, recién casado con Josefina Ortega, había salido de México hacia Roma el 2 de febrero de 1939 como primer secretario de la Legación Mexicana. Antes de salir le ha dejado a Bernardo Ortiz de Montellano el manuscrito de *Muerte sin fin* para que cuide la publicación...

demostración de egoísmo y de ingenuidad, añadiré que ha venido a confortarme, indirectamente, la exposición de tus propias dudas.

Sí, creo que hay detrás de nuestra actual desconfianza del mundo una doble razón de tiempo. De *tiempo externo* —lo que algunos novelistas franceses han dado en llamar el “clima” de una existencia. En nuestro caso, la guerra que nos rodea. Y, asimismo, de *tiempo interior*. ¿Por qué no reconocerlo? De edad...

La adolescencia es la era de Hamlet, a quien tú citas tan justamente. Pero yo imagino muy bien a un Hamlet superviviente, de cuarenta o cuarenta y cinco años; salvado de todo drama íntimo de familia, sin vergüenzas ni incestos que castigar. Su destino, tal vez menos elocuente, sería acaso próximo al nuestro. La actitud de reserva y de examen ante la vida no siempre supone problemas trágicos; pero los suscita sin excepción. El remedio, es cierto, se ofrece a todos: conformarse, aceptarlo así. Sin embargo, de las zonas más impacientes de la conciencia —de las más hondas—, surge de pronto una protesta contra lo que contiene de vil toda resignación.

En el fondo, eso es lo que nos atormenta. No hables tú de un vacío íntimo. No son “escombros” las experiencias humanas que el lector descubre, maravillado, en los versos de *Muerte sin fin*. Ni son “escombros” tampoco las inquietudes vitales que advierto en la carta a que doy respuesta con estas líneas. La crisis que atravesamos —pues crisis es— indica, al contrario, la seriedad con que comprendemos qué problemas de cotidiana amargura representa y resume lo que los viejos llaman “miel de madurez”. Vivir se impone. Y vivir significa siempre traicionarse a sí mismo; aceptar que las circunstancias alteren (a menudo en provecho de nuestro futuro; pero entonces no lo sabemos) el modelo ideal de nuestro pasado. Me inclina a pensarlo así la prolongada reflexión en que me ha sumido la necesidad de “buscar el tiempo perdido”, para proyectar cierta luz sobre mis *Memorias*. Te encuentro en ellas; no como eres en estos días, naturalmente —pero mucho más semejante a ti de lo que muchos otros de nuestros camaradas me parecen hoy a sí mismos. ¡Dichosa coherencia de esas “constantes” que hacen el mérito de un carácter y la tónica de una vida! Algún día te leeré las páginas en que evoco nuestros trabajos de adolescencia. Ojalá adviertas en ellas un poco del interés con que he pretendido reanimar lo que fuimos y aclarar lo que vamos siendo...

Releo lo escrito y me doy cuenta de que, por referirme a los problemas que tu carta examina, no he podido sino incidentalmente aludir a *Muerte sin fin*. Su relectura ha robustecido y ahondado el valor de la primera impresión. Según te dije, cuando me lo mostraste, aún inédito-

to,<sup>21</sup> estimo que este libro representa —en poesía— la hora mayor de nuestra entera generación. Siendo tan propio y original, tan absolutamente tuyo, en una palabra, se coloca no obstante como una “suma”, en la que no falta ninguno de los acentos indispensables a la sensibilidad y al lirismo de nuestros días.

Obra lúcida, como pocas, que por lo ambicioso y lo fuerte de la estructura se opone a la teoría de Poe sobre la necesidad del poema breve:<sup>22</sup> discursiva sin prosaísmo, uniforme sin monotonía, inteligente sin frialdad. En su lengua, infinitamente plástica y maleable, todos los matices se funden, todos los tonos se alían. La felicidad misma de los endecasílabos (aislados en la memoria) es un placer del recuerdo, pero no supone nunca un mero lujo de la imaginación.

Citar las realizaciones totalmente maduras equivaldría a situarlas en ese plano de “hallazgos” que en otras composiciones tendrían por fuerza. Si lo hago es más bien por morbosa delectación:

amapola del aire lacerado  
 el ulises salmón de los regresos  
 la golondrina de escritura hebrea  
 ingenuo ruiseñor de los metales  
 turquesa lapizlázuli alabastro

(modelo éste del “verso puro”, tal como lo concebía el Abate Brémond: “*Oh fille de Minos et de Pasiphae*”)

una sed fría en punta que ara cauces  
 se pone en pie veraz como un estatua  
 y en la raíz de la palabra esconde  
 el frondoso discurso de ancha copa  
 y el poema de diáfanas espigas  
*joh inteligencia, páramo de espejos!...*

Me interrumpo, no por necesidad de acabar; sino porque —parafraseando, al revés, la historia de aquella devota que se quejaba de que no fuese “peccato” el placer de comer helado— me asalta la duda de que tal abundancia de aciertos implique, para ciertos lectores, un asomo de

---

<sup>21</sup> El 18 de marzo de 1939, en París, Torres Bodet escucha el poema de boca de Gorostiza.

<sup>22</sup> Esa teoría está contenida en *Eureka*, publicada en 1849.

plácido preciosismo... Pero no. Hay demasiada sólida contextura en el libro todo; su realización misma demuestra el perfecto equilibrio espiritual y moral de quien lo escribió.

Debes sentirte orgulloso, querido Pepe. En años en que el superrealismo y el nerudismo envenenan los manantiales más juveniles, tú has seguido fiel al rigor de un temperamento clásico, estricto y puro. Construido sobre una tesis, tu poema no es un poema de tesis —ni es un discurso, enojado de metáforas esenciales. Bajo la piel de la forma, que los incautos creerán fría, late una vehemencia patética y varonil. ¿Y no está en ese eterno contraste, precisamente, el secreto mejor de tu inteligencia?

Por lo dicho podrás apreciar lo mucho que tu poema contiene para mi gusto, y lo mucho que me he alegrado de verlo en libro. Te repito mi enhorabuena y te renuevo todos mis augurios.

Con la esperanza de que apartes de vez en cuando los ojos de Roma, para volverlos hacia esta ausencia en que te recuerdo, hazme el favor de transmitir a tu esposa nuestros saludos y recibe un estrecho abrazo de tu viejo amigo,

Jaime

#### BIBLIOGRAFÍA CITADA

- GOROSTIZA, JOSÉ. *Muerte sin fin*. México: Cvltvra, 1939.  
 PAZ, OCTAVIO. "Poeta secreto y hombre público, Jaime Torres Bodet." *Vuelta* 186 (mayo 1992): 13-17.  
 SHERIDAN, GUILLERMO. *Los Contemporáneos ayer*. México: FCE, 1984.  
 TORRES BODET, JAIME. *Destierro*. Madrid: Espasa-Calpe, 1930.  
 ——. *Proserpina rescatada*. Madrid: Espasa-Calpe, 1931.  
 ——. *Estrella de día*. Madrid: Espasa-Calpe, 1933.  
 ——. *Memorias*. México: Porrúa, 1981.